

que asume la melodía, la que por momentos adquiere un pronunciado lirismo. Una parte considerable de su creación musical la editó a través de MORVAR, una sociedad artística integrada por él y su amigo el compositor Darwin Vargas.

Sus obras para piano solo incluyen, entre otras, las *Dos canciones simples* (1950); *Toccata, Interludio y Finale* (obra con la que se graduó en Londres, en 1950); *Canciones infantiles* (1954); *Fantasia sobre una obsesión* (1969); *Como una raíz de agua*, preludios (1970); *Tres estudios* (1975) y la *Suite* (1956) que fuera estrenada por la pianista Elvira Savi en el V Festival de Música Chilena de 1956. Escribió también obras para voz y piano, entre las que se destacan los *Villancicos* (1954); *Canciones de la Soledad* (1959) y las *Canciones abstractas* de 1968. Fue uno de los pocos compositores chilenos que contribuyó al escaso repertorio para la flauta dulce con obras como el *Dúo* (1955); *Verano 42* (1975) y *Balada* (1976), todas ellas con acompañamiento de piano. En su producción sinfónica figuran la *Cantata de los árboles* (1954) para contralto y orquesta; la *Fantasia* (1956) para piano; *Grotesca* (1959), única obra para orquesta de la que se tiene registro de estreno, en octubre de 1960 por la Orquesta Sinfónica de Chile, bajo la dirección de Juan Pablo Izquierdo; la *Sinfonía Vichuquén* (1974) y la *Sinfonía en un movimiento* de 1975.

A través de estas breves palabras, la *Revista Musical Chilena* desea testimoniar su respeto, admiración y cariño por Marcelo Morel.

LUCILA CÉSPED FLORES (1902-1983)

Ha fallecido Lucila Céspedes Flores, gran maestra de maestros de la música chilena durante buena parte del presente siglo. Su talento y sensibilidad estuvieron siempre a la par con su agudeza y su obstinado recogimiento y defensa de su soledad. Su fin fue consecuente: obstinado, silencioso, en la paz del Señor, asistida por un grupo de sus ex alumnos y amigos, en quienes grabó, con fidelidad imperecedera, su impronta recia, sagaz, sensitiva, profunda, inteligente y de exquisita musicalidad.

Luego de una breve pero brillante y promisoría carrera universitaria, Lucila Céspedes, fiel a su ideal de independencia y espíritu de servicio, se dedicó, desde 1934 hasta poco antes de morir, a la enseñanza privada de la música. En su casa de Libertad 132, primero con su hermana Blanca y, al morir ésta, completamente sola, luchó con éxito por la existencia dando lecciones de piano, teoría, armonía, contrapunto e, incluso, composición musical. Era maestra exigente, sabia y ponderada, e infundía en sus alumnos el amor por la música y el rigor en el trabajo por obtener óptimos resultados. Su preocupación por el detalle, por lograr el más bello sonido, el buen fraseo, la correcta posición del dedo, del brazo y hasta de la actitud con que uno debía acercarse a la obra de arte, era infatigable, ineludible. Pasaba a ser un compromiso moral consigo mismo.

Entre sus alumnos, que sobrepasan largamente el millar, se cuentan intérpretes, compositores, musicólogos, científicos, médicos, empresarios, arquitectos

tos, obreros, dueñas de casa o simples aficionados, los que, de una u otra manera, se forjaron en esa verdadera escuela de austeridad y sensibilidad artística que propició la Srta. Lucila Céspedes. Entre ellos podemos mencionar a Millapol Gajardo, Carlos Iglesias, Olga Sardá, Oscar Ohlsen, Fernando Pérez Oyarzún, Mario Miranda, Jaime Donoso, Juan Pablo Izquierdo, Eduardo Vega, Roberto Falabella, Hernán Ramírez, Alfonso Letelier, Raúl Vásquez y quien habla, entre tantos otros a quienes, en beneficio del tiempo, queremos asociar en este homenaje.

Lucila Céspedes nació en Valparaíso el 3 de julio de 1902. Desde temprana edad demostró dotes excepcionales para aprender y estudiar. Es por ello que cuando perdió tempranamente a sus padres, pudo ayudar a sostener su hogar dando clases de matemáticas, física, química y piano. Fue alumna del Liceo de Niñas N° 1 de Valparaíso y de diversos profesores del Conservatorio de Música Eduardo van Dooren de esa ciudad. Posteriormente se trasladó a Santiago, donde fue alumna de piano del Conservatorio Nacional de Música, recientemente reformado en 1928, en la cátedra del célebre maestro Federico Dunker. Posteriormente fue Directora de los Cursos Nocturnos para Obreros y Empleados que organizó dicho plantel.

Dos importantes libros didácticos publicó Lucila Céspedes. El primero de ellos, "Yo sé cantar", es un notable método ilustrado para enseñar música a niños pequeños, donde los "patriarcas" del reino de la música eran unos barbudos y simpáticos don DOMingo, don RENato, don MIGuel, don FABIán, don SOLImán, don LADislao y don SIMón, cuyas familias vivían "desde siglos muy atrás, / en completa armonía / y cantando sin cesar". El otro libro, "Cánones y Coros", que alcanzó una tercera edición en 1946, fue preparado en colaboración con el entonces profesor del Conservatorio Nacional, Heinrich Fitjer, y de la Sra. Margarita Friedemann de Vásquez.

Sin haber salido del país y, durante décadas, apenas de su casa, Lucila Céspedes fue un ejemplo de una vida de vocación de servicio y de maestra. Siempre al día en las últimas técnicas y métodos. Sorprendentemente al día y, muchas veces, adelantada a los signos del tiempo, los que escudriñaba y comentaba con la profundidad y clarividencia de los seres privilegiados.

Sus últimos años fueron una invitación a la lealtad para quines tuvimos el privilegio de ser sus alumnos. Quizás si ésta fue su última, generosa y gran lección. Quiera Dios aceptarla entre sus elegidos.

El Consejo Chileno de la Música, que me honro en presidir, se asocia al duelo que enluta a la educación musical de Chile y de América, tras el fallecimiento de una de sus más preclaras figuras: la Srta. Lucila Céspedes Flores.

Samuel Claro Valdés
Presidente
Consejo Chileno de la Música